

En el año 2018 se cumple el 80 aniversario de la «Noche de los Cristales Rotos», como se llamó trivialmente a la noche del 10 de noviembre de 1938. Y el 10 de mayo de 1933 se remonta a 85 años el día en el que en Berlín, y más tarde en otros lugares, se quemaron libros. En Maguncia fue el 23 de junio. En sus memorias póstumas, Sebastian Haffner describe lo que, a pesar de todo, consiguió ser el cabaret político-literario en los años de la tiranía nacionalsocialista: «Historia de un alemán»:



La verdad es que también habla un poco en contra nuestra ya que, con la experiencia de la angustia mortal y la indefensión final, no fuimos capaces de hacer otra cosa que mirar para otro lado, en la medida en que pudimos, e impedir que nada alterara nuestros placeres. Creo que una pareja joven de cien años atrás habría sabido sacarle más partido, aunque solo hubiese sido una gran noche de amor, aderezada con peligro y perdición. No se nos ocurrió sacarle ningún partido especial e íbamos al cabaret porque nadie nos lo impedía: en primer lugar, porque lo hubiésemos hecho de todas formas y, en segundo lugar, para evitar pensar en las cosas desagradables. Aunque pueda parecer un acto de sangre fría e intrepidez, probablemente solo fuera un signo de cierta debilidad de sentimientos e indica que nosotros tampoco estuvimos a la altura de la situación, aunque solo fuera en lo tocante al sufrimiento. Era, si se me quiere

permitir aquí esta generalización, uno de los rasgos más tremendos del nuevo acontecimiento alemán al que faltaban los autores de sus hechos, los mártires de su sufrimiento, en el que todo sucedía en una especie de seminarcosis, con una fina y mísera sustancia de sentimientos detrás de la monstruosidad objetiva: que los asesinatos se cometen según el estado de ánimo de una chiquillada tonta de juventud, que la autodegradación y la muerte moral se aceptan como un pequeño y molesto incidente y que hasta el martirio físico significa, más o menos, «haber tenido mala suerte». Sin embargo aquel día nuestra indolencia se vio recompensada sobremanera, ya que el azar nos condujo directamente al cabaret Katakombe, y esta fue la segunda experiencia más destacada de esa noche. Llegamos al único lugar público de Alemania en el que tenía lugar una especie de resistencia: y lo hacía de forma atrevida, divertida y elegante. Por la mañana había visto como los nazis hundían vergonzosamente la Corte Suprema de Prusia con su tradición centenaria. Por la noche vi como un puñado de pequeños actores de cabaret berlineses salvaban gloriosamente el honor con gracia y sin ningún tipo de tradición. La Corte Suprema había caído. El Katakombe se mantenía en pie.



El hombre que conducía a la victoria a su tropa de actores —ya que mantener la firmeza y la compostura delante de las fuerzas superiores que entrañan una amenaza de muerte es un tipo de victoria— era Werner Finck, y no cabe duda de que este pequeño conferenciante de cabaret tiene un lugar en la historia del tercer Reich: uno de los pocos sitios de honor que pueden concederse en ella. No parecía un héroe y cuando finalmente estuvo a punto de convertirse en uno, fue a su pesar. No era un actor revolucionario, no era un cínico mordaz, no era un David con honda. Lo más íntimo de su ser era inocuo y amable. Su gracia era afable, danzarina y ligera; sus principales herramientas eran el doble sentido y los juegos de palabras, de los que paulatinamente llegó a ser un virtuoso. Había inventado algo que se llamaba la «gracia oculta», y a decir verdad, hacía bien en ocultar sus gracias el mayor tiempo posible. Pero no ocultaba sus convicciones. Siguió siendo un refugio de la inocuidad y la amabilidad en un país en el que precisamente esas características aparecían en la lista del exterminio. Y en esa inocuidad y esa amabilidad se escondía un valor verdadero e inquebrantable en forma de «gracia oculta». Él se atrevió a hablar de la realidad de los nazis en el centro de Alemania. En sus monólogos salían a relucir los campos de concentración, los registros domiciliarios, el miedo generalizado, la mentira generalizada. La sátira que hacía al respecto tenía algo indeciblemente silencioso, nostálgico y afligido... y un extraordinario poder consolador. Es posible que aquel 31 de marzo de 1933 fuera su gran noche. El local estaba lleno de gente que al día siguiente se asomaría a una especie de abismo abierto. Finck los hizo reír como nunca he oído reír a un público. Era una risa patética, la risa de un espíritu de contradicción recién nacido que dejaba tras de sí aturdimiento y desesperación, y el peligro contribuía a alimentar esa risa: ¿no era casi un milagro que la SA no hubiese venido hacía ya tiempo a arrestar al local entero? Es probable que aquella noche nos hubiésemos seguido riendo en el Grünen Wagen. Aquella noche nos habíamos visto elevados por encima del peligro y del miedo de una forma increíble.

